

pues á este héroe por mano de un soldado como él. Duguesclin, Suger y Vendome, héroes, abades y ministros de la monarquía, fueron arrojados sin distincion á la fosa que cubria aquellos recuerdos de gloria con los recuerdos de la esclavitud.

Dagoberto I y su mujer Nanthilde descansaban en un mismo sepulcro hacia doce siglos. Al esqueleto de Nanthilde le faltaba la cabeza, así como á los de muchas reinas. El rey Juan cerró esta lúgubre procesion de muertos; los sepulcros estaban vacíos. Entónces se notó que faltaba un despojo, que era el de una jóven princesa hija de Luis XV, que habia huido á un convento de los escándalos del trono, y que murió con el hábito de carmelita. La venganza de la revolucion fué á buscar el cuerpo de aquella vírgen al sepulcro del claustro adonde habia ido huyendo de las grandezas, y llevaron su féretro á San Dionisio, para hacerle sufrir el sacrificio de la exhumacion y del muladar. Ningun despojo mortal se libró de esta suerte; nada de lo que habia sido real fué reputado inocente. Aquel instinto brutal de la revolucion revelaba en Francia el deseo de repudiar su largo pasado, así como su voluntad de que todas las páginas de su historia datasen sólo de la república.

LIBRO CINCUENTA Y TRES.

El Terror en los departamentos.—Carrier en Nantes.—Fusilamientos, ahogados y matrimonios republicanos.—Carrier es llamado á Paris.—José Lebon en Arras y en Cambray.—Numerosas ejecuciones.—Maignet en el Mediodía.—Tallien en Burdeos.—Madama de Fontenay (Teresa Cabarrús).—Esta calma á Tallien.—Robespierre el jóven en Vesoul.

I

Paris no era el único teatro de devastacion y de horror. Los representantes de la Convencion y los agentes de la municipalidad lo llevaban por toda la superficie de Francia. Carrier, en Nantes, se esforzaba por exceder en número y ferocidad de asesinatos á los de Collot-d'Herbois en Lyon. Buscando en el martirologio de los primeros cristianos y en las depravaciones del imperio romano suplicios que imitar y refinamientos de crueldad, inventaba torturas y obscenidades para saciar la sed de sangre que le atormentaba. La Convencion no fijaba la vista en estos excesos. Nantes era un campo de carnicería en donde todo era permitido, como en el furor de un combate. El paso del Loira por los vendedanos, la insurreccion de los nobles, de los sacerdotes y de los labradores, y la pretendida complicidad de los habitantes de Nantes en estos sucesos, habian dado á Carrier un pueblo entero que llevar al suplicio.

Aquel hombre no tenia opinion, sino un instinto depravado; no conocia más ideas que el furor. El asesinato era su única filosofía, y la sangre su única sensualidad. En todas las épocas de la historia ha habido de estos hombres carnívoros, tanto en el trono como en el pueblo, y aún en el altar. Poco les importan las causas por que matan, con tal que maten. El crimen tiene una parte en todas las grandes conmociones humanas, y éstos son los representantes del crimen de todos los partidos. Carrier era natural de las montañas de la Auvernia, en donde los hombres son fuertes, duros y ásperos como su elima; poblacion que está aislada en medio de Francia por su raza y por sus costumbres, que parece tener en sus fibras alguna parte del fuego y del hierro de sus minas y de sus volcanes. Nacido Carrier en una aldea, y llevado despues á Aurillac al estudio de un abogado, se avezó á la práctica de las trampas mezquinas que extinguen los sentimientos del corazon y que agrian la palabra de los hombres de foro, convirtiéndose muy pronto el nuevo curial en declamador y agitador de su país; por la energía de sus conversaciones y por la ferocidad de su alma le escogieron para enviarle á la Convencion, creyendo ver en él un soldado invencible de la revolucion, cuando no era más que un verdugo. Entónces tenia más de cuarenta años. Sin talento para la

tribuna, sus discursos no eran sino vociferaciones. Las medidas más extremadas, y entre otras el establecimiento del tribunal revolucionario, le habían merecido algunos aplausos. La Montaña le había creído á propósito para establecer el Terror en las provincias sublevadas, y le había mandado á Nantes para animar al ejército republicano con su patriotismo. Era cobarde en el combate y cruel en la venganza. Después de la derrota del ejército realista, había establecido en Nantes, no su tribunal, sino su carnicería. Más de ocho mil víctimas habían sido ya fusiladas en los depósitos de prisioneros, los enfermos, las mujeres y los niños que el ejército fugitivo dejaba ya rezagados. Esto era poco para Carrier. Se presentó con sable en mano á la sociedad popular de Nantes, arengó al club, reprendió su lentitud, le señaló á los negociantes y á los ricos como la peor especie de aristócratas, y le pidió quinientas cabezas de ciudadanos. Escribió además al general Haxo que la idea de la Convención era despoblar é incendiar el país. Formó, con el título de compañía de Marat, una banda de asesinos á quienes se daban diez francos diarios, con el doble objeto de que fuesen los guardias de su persona y los ejecutores de sus órdenes, encerrándose, como Tiberio en Caprea, en una casa de campo de uno de los arrabales de Nantes, haciéndose inaccesible para aumentar el espanto con el misterio, sin dejar que nadie se le acercase sino sus siervos. Escogió entre los hombres más abyectos y más miserables de la hez de Nantes los miembros de los comités revolucionarios y de la comisión militar, encargados de legalizar sus maldades con una apariencia de juicio. Impacientándose por los escrúpulos de aquellos hombres, los injuriaba, les amenazaba con el sable, los hería, los despedía, volvía á admitirlos á su servicio y á despacharlos nuevamente, concluyendo por matar sin otra formalidad que su palabra y su acción. Un tal Lambertye, á quien nombró su ayudante general, era su instrumento. Lambertye llevaba sus órdenes á la comisión militar, mandaba las tropas, admitía á los verdugos, ejecutaba los asesinatos en masa, y heredaba los despojos de las víctimas. No contento con haber hecho fusilar sin juicio hasta ochenta víctimas á la vez, Carrier dió orden al presidente de la comisión militar para que entregase las cárceles y los depósitos á Lambertye para que ejecutase allí sin forma de proceso sus asesinatos nocturnos. La compañía de Marat y los destacamentos de tropas de la guarnición de Nantes, dirigidos por Lambertye, vaciaban las cárceles, en tanto que los agentes civiles del procónsul las llenaban de nuevo con sus delaciones.

II

La ciudad y el departamento se dividían únicamente en asesinos y víctimas. El pillaje servía de incentivo al asesinato, y éste absolvía al pillaje. Había cesado todo movimiento de vida. El comercio estaba suprimido, los negociantes encarcelados y los propietarios secuestrados. La residencia allí era un continuo peligro, la huida un crimen, la riqueza un motivo de denuncia. Todos los principales ciudadanos, fuesen republicanos ó realistas, estaban aglomerados en los calabozos. Los sabuesos de Carrier y los satélites de Lambertye traían á cientos los sospechosos de las poblaciones y de los campos vecinos á los depósitos de Nantes. Uno sólo de éstos contenía mil y quinientas mujeres y niños, sin camas, sin paja, sin fuego y sin abrigo, sumidos en la infección, y sin comer algunas veces en dos días. No

se desocupaban aquellos sumideros humanos sino por los fusilamientos. Los ciudadanos no rescataban su vida sino á costa de sus riquezas, y las mujeres por medio de su prostitución. Las que se negaban á estas infames complacencias, eran enviadas al suplicio aunque estuviesen embarazadas. Un gran número de mujeres vendeanas que habían seguido á sus maridos al otro lado del Loira, y que habían sido presas en el campo, fueron fusiladas con los hijos que iban á dar á luz. Los verdugos llamaban á esto herir el realismo en su germen.



Carrier.

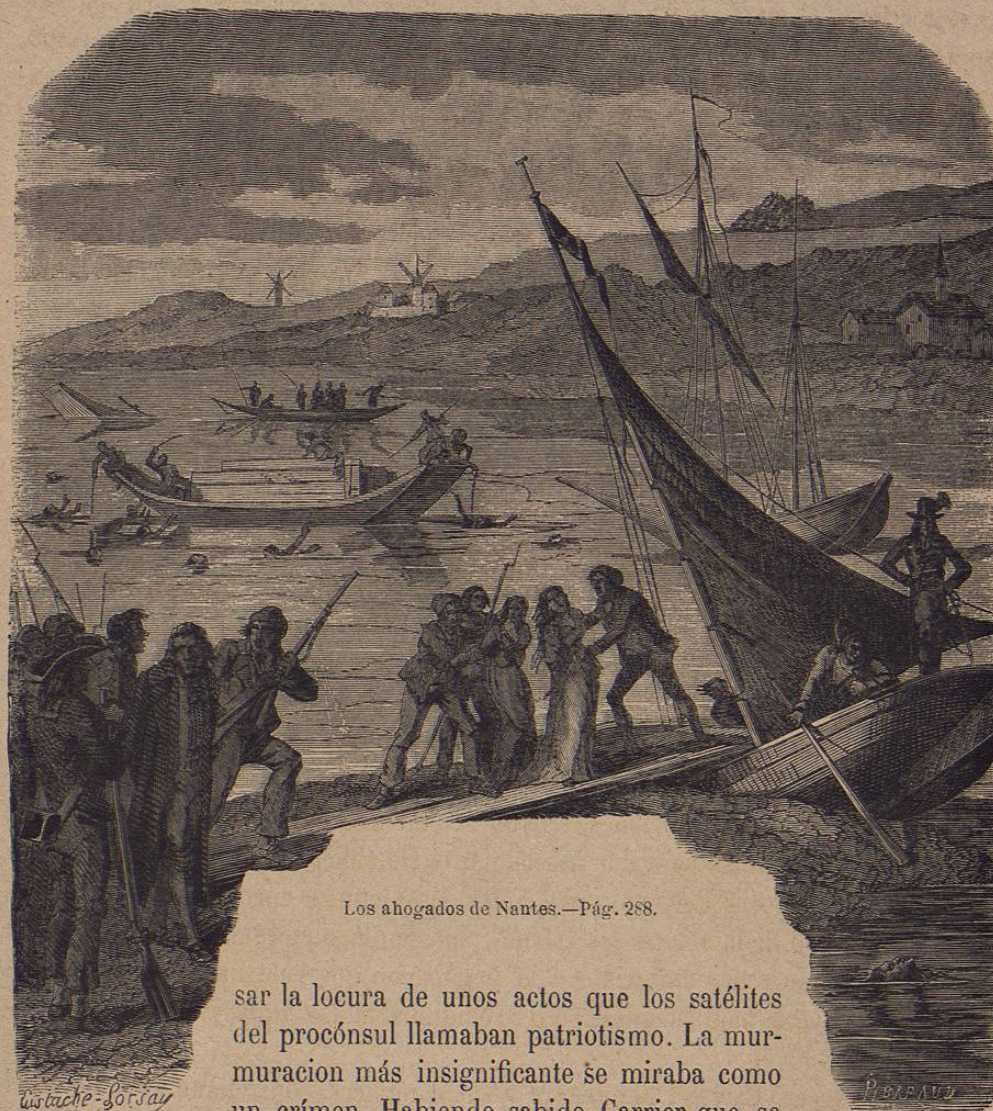
Setecientos sacerdotes sufrieron el martirio; los unos por su fe, los otros por su opinión, y todos por su traje. Los simulacros de juicio eran demasiado lentos y demasiado multiplicados á los ojos de Carrier. Había el riesgo de que éstos usasen la complacencia ó moviesen á compasión aún á la misma comisión militar. Este tribunal empezaba ya á murmurar de su propio servilismo. Carrier llamó á su casa á los miembros sospechosos de la comisión, los llenó de insultos, blandió el sable á su vista, y les exigió las cabezas pedidas ó las suyas. Los verdugos temblaban y se indignaban en secreto contra él, que conociendo que el instrumento de sus asesinatos se iba gastando, inventó otro nuevo.

El parricida Neron, ahogando á Agripina en una galera sumergida para imputar este crimen al mar, sugirió á uno de los seides de Carrier una idea que éste adoptó como una providencia del crimen. La muerte á hierro y á fuego metía ruido, derramaba sangre y dejaba cadáveres que enterrar y que contar. Las aguas silenciosas del Loira eran mudas, y no contando nada, sólo el fondo del mar sabría el número de las víctimas. Carrier hizo venir unos marineros tan implacables como él, á quienes mandó, sin hacer gran misterio de ello, que abriesen cierto número de barcas, de suerte que cuando les acomodase pudiesen echar al agua, levantando unas trampas, las víctimas de que fuesen cargadas. El pretexto para poder llevar á cabo este diabólico plan consistía en la necesidad de transportar los presos de un depósito á otro. Uno de aquellos marineros le pidió la orden por escrito. «¿No soy representante?—le respondió Carrier.—¿No debes ejecutar con confianza los trabajos que yo te mande? Fuera tanto misterio, —añadió:— es necesario que arrojes al agua á esos cincuenta clérigos que tenemos presos, cuando estés en medio de la corriente.»

Estas órdenes se ejecutaron en un principio secretamente y bajo el colorido de ser por accidentes de la navegación; pero bien pronto aquellas ejecuciones de nuevo género, de que las aguas del Loira daban testimonio hasta desembocar en el mar, se convirtieron en un espectáculo para Carrier y para sus aduladores. Compró un barco de lujo que regaló á Lambertye, su cómplice, so pretexto de que vigilase las orillas del río. Este barco, adornado con toda delicadeza en sus muebles, provisto de todos los vinos y de todo lo necesario para los festines, se convirtió en el teatro habitual de esas ejecuciones. Carrier se embarcaba alguna vez en él con sus sicarios y sus cortesanas para dar paseos por el río. Mientras que se entregaba en la cubierta á los goces del vino y del amor, las víctimas encerradas en la quilla veían á una señal dada abrirse las válvulas, quedando sumergidas en las aguas del Loira. Un gemido ronco anunciaba á la tripulación que centenares de vidas acababan de exhalarse bajo sus piés; pero se continuaban las orgías sobre aquel sepulcro flotante.

Algunas veces, Carrier, Lambertye y sus cómplices, con refinamiento de cruel voluptuosidad, gozaban del espectáculo de la agonía. Hacían subir sobre cubierta parejas de víctimas de distinto sexo. Se les despojaba de sus vestidos, y los ataban dando frente uno á otro, un sacerdote con una religiosa, ó un jóven con una muchacha; se les suspendía, desnudos como estaban y entrelazados por una cuerda que les pasaba por debajo de los sobacos, á una polea del buque, gozándose con horrosos sarcasmos en aquella parodia del matrimonio en la muerte, precipitándolos por fin en el río. A esto se le daba el nombre de *casamientos republicanos*.

Muchos meses duraron en Nantes estos suplicios en el río. Poblaciones enteras perecieron en masa en aquellas ejecuciones militares, cuyos mismos autores y ejecutores relatan del modo siguiente aquellas carnicerías: «Hemos visto á los voluntarios, obedeciendo las órdenes de su jefe, tirarse los niños de mano en mano, hacerles volar de bayoneta en bayoneta, incendiar las casas, abrir el vientre á las mujeres embarazadas y quemar vivos á los niños de catorce años.» Estos degüellos no satisfacían aún á Carrier. La demencia extraviaba su razón, sus palabras y sus maneras; pero esta demencia era toda sanguinaria. Los nanteses, testigos y víctimas de aquellos furores, veían muda á la Convención, y no se atrevían á acu-



Los ahogados de Nantes.—Pág. 288.

sar la locura de unos actos que los satélites del procónsul llamaban patriotismo. La murmuración más insignificante se miraba como un crimen. Habiendo sabido Carrier que se habían dirigido varias denuncias secretas al comité de salud pública, hizo prender á doscientos de los principales negociantes de Nantes y sumirlos en los calabozos. Después los envió atados de dos en dos á Paris. Un jóven empleado de instrucción pública, hijo de un representante llamado Julien, fué enviado á Nantes por Robespierre para aclarar los crímenes de Carrier. Este jóven puso en conocimiento de su mandatario los excesos de Carrier, diciéndole que deshonraban hasta al mismo Terror. Carrier fué llamado, pero la Montaña no se atrevió á desaprobare sus excesos ni á castigarlos. Una de las cobardías justamente imputadas á Robespierre fué la de dejar impune á Carrier. No vengar la inhumanidad de aquellos atentados era declararse, ó muy débiles para castigarlos, ó suficientemente cómplices en ellos para aceptarlos.

III

José Lebon diezmaba en Arras y en Cambrai los departamentos del Norte y del Paso de Calais. Aquel hombre fué un ejemplo del vértigo que se apodera de

las cabezas débiles en las grandes oscilaciones de la opinion. Los tiempos tienen sus crímenes como los hombres. La sangre es contagiosa como el aire. La fiebre de las revoluciones tiene sus delirios. Lebon comprobó y manifestó todo su acceso en las cortas fases de una vida de treinta años. En tiempo tranquilo hubiera dejado fama de hombre de bien; pero en días aciagos dejó el renombre de un exterminador sin piedad.

Lebon nació en Arras, y por consiguiente, era compatriota de Robespierre. Había entrado en la orden del Oratorio, semillero de los hombres que se destinaban á la enseñanza pública. Cansado de la austeridad de esta orden, fué después cura de Vernois, pueblo inmediato á Beaune, al principio de la revolución. Su piedad, sus costumbres, su alma sensible á las miserias humanas, hacían de Lebon en aquella época el modelo de los pastores. Las doctrinas filantrópicas de la revolución se confundían en su corazón con el espíritu de libertad, de igualdad y de caridad del cristianismo. Creyó ver al siglo encendiendo la antorcha de las verdades políticas en las llamas de la fe divina. Se apasionó celoso y lleno de esperanzas por aquella religión del pueblo, que le parecía semejante á la religión de Jesucristo. Su fe misma le hizo ir contra la fe. Se separó de Roma para unirse á la iglesia constitucional. Cuando la filosofía repudió aquella iglesia cismática, Lebon la repudió á su vez, casándose. Volvióse entonces á su patria. Las prendas que había dado á la revolución le hicieron elevar á los empleos públicos, y el ascendiente de Robespierre y de Saint-Just en Arras le llevó á la Convención. El comité de salud pública no creyó poder confiar á un hombre más seguro la misión de vigilar y cortar las tramas contrarrevolucionarias de aquellos departamentos inmediatos á la frontera, dominados por los sacerdotes y trabajados por las conspiraciones de Dumouriez. Lebon se mostró desde luego indulgente, paciente y justo. Empleó su poder en comprimir sin herirlos á los enemigos de la revolución y á los sospechosos. Denunciado por los Jacobinos á causa de su moderación, el comité de salud pública le llamó á París para reprenderle por su tibieza.

Sea que el tono de aquella reprensión hubiese hecho penetrar en el alma de Lebon el terror que le ordenaban desplegar en Arras, sea que el fuego del furor cívico hubiese prendido en él, ello es que volvió al Norte enteramente cambiado. Todas las cárceles se llenaron á su voz. Nombró jueces y jurados á los más feroces republicanos de los clubs. Mandó abrir juicios y paseó la guillotina de pueblo en pueblo, honrando al verdugo como si fuese el primer magistrado de la libertad, y haciéndole sentar á su mesa como para rehabilitar la muerte. Nobles, sacerdotes, parientes de emigrados, artesanos, labradores, criados, mujeres, ancianos, niños que aún no tenían la edad del crimen, y extranjeros que no sabían leer las leyes de la patria, todo lo confundió en los decretos que dictaba á sus sicarios, vigilando por sí mismo la ejecución.

La sangre, á que había tenido horror en un principio, se convirtió en agua á sus ojos. Asistía desde un balcón enfrente de la guillotina á los suplicios de los sentenciados, esforzándose en acostumbrar á su mujer á que presenciase la muerte de los enemigos del pueblo. Parecía arrepentirse de su antigua humanidad como de un delito. El único crimen á sus ojos era la indulgencia con los contrarrevolucionarios, y sobre todo, con los sacerdotes compañeros de su primitiva fe. Hacía su entrada triunfal en las poblaciones precedido del instrumento del suplicio y

acompañado de los jueces, de los delatores y de los verdugos. Insultaba y destituía á las autoridades, reemplazándolas con los más viles denunciadores, é hizo inscribir las siguientes palabras en la puerta de su habitación: «Los que entren aquí para solicitar la libertad de los presos, no saldrán sino para ocupar su lugar». Despojaba á los sospechosos de sus bienes, á las mujeres sentenciadas de sus joyas, confiscando aquellos legados del suplicio en provecho de la república. Arrojava de las sociedades populares á las mujeres á quienes su pudor impedía tomar parte en los bailes patrióticos, mandados bajo pena de prisión, y las exponía en un tablado á los insultos y á los silbidos del pueblo, presentando en aquella silla de infamia, entre otras, á una joven de diez y siete años, prima suya, porque se había negado á bailar en los coros cívicos, insultándola por sí mismo y amenazándola con hacerle expiar su repugnancia en un calabozo. Registraba y golpeaba con su propia mano á las jóvenes y á las mujeres que leían libros aristocráticos. Hizo sentenciar y guillotinar familias enteras, cortando veinte cabezas á la vez, y proseguir la venganza hasta más allá del suplicio.

El marqués de Vielfort, arrancado de su casa por haberle encontrado una carta de un sobrino emigrado, estaba ya en el cadalso. Lebon recibió un impreso del comité de salud pública que le anunciaba una victoria de las tropas de la república, y ordenó al verdugo que suspendiese la cuchilla. Se asomó al balcón y leyó al pueblo y al sentenciado el boletín triunfal, para añadir al suplicio del anciano el martirio del dolor por las victorias de la república.

Otra vez renovó esta bárbara prolongación de tormentos en dos jóvenes inglesas que iban á ser guillotinas á su vista. Dirigió un largo discurso al pueblo, y apostrofando á las dos víctimas, les dijo: «Es necesario que las aristócratas como vosotras oigan en sus últimos momentos el triunfo de nuestros ejércitos». Una de las dos sentenciadas, llamada madama Plunket, se volvió indignada hacia Lebon. «Monstruo,—le dijo,—crees hacernos con eso más amarga la muerte, pero te engañas. Aunque mujeres, moriremos animosamente, pero tú morirás como un cobarde.»

Lebon temblaba aún, creyendo que no hacía lo bastante para llenar las miras de la Convención. «¡Dulzura de la amistad!—exclamaba tratando de justificarse á sí mismo por aquellas atrocidades.—¡Sentimientos deliciosos de la naturaleza! ¡Espectáculo encantador de una familia naciente bajo los auspicios del amor más tierno y de la unión más perfecta! yo os aplazo para la época de la paz. El deber, el odioso deber, el inflexible deber, hé aquí lo que tengo presente sin cesar. ¡Oh mujer, oh hijos míos! Yo estoy perdido si la república perece, y me expongo aunque ella triunfe á mil resentimientos particulares.» En aquella perplejidad, escribía al comité de salud pública, y éste le respondía: «Continuad en vuestra actitud revolucionaria. Vuestros poderes son ilimitados. Tomad en vuestra energía todas las medidas dictadas por la salud de la causa pública. La amnistía es un crimen. Las maldades cometidas contra una república sólo se expian con la cuchilla. Sacudid el hacha y la tea sobre los traidores. Marchad siempre adelante, ciudadano colega, en la línea que describis con energía. El comité aplaude vuestros trabajos.»